

## Las memorias de Ernesto Sabato

A lo largo del siglo diecinueve, y en menor medida durante los primeros tramos del veinte, Argentina produjo un nutrido grupo de memorialistas. Algunos, partícipes militares de los esfuerzos revolucionarios o de las guerras civiles, pretendieron con esas páginas fijar su actuación en hechos que —suponían con razón— habrían de revestir carácter histórico. No se equivocaban: en un país regido por la presencia castrense de manera casi excluyente, muchos uniformados que habían tomado parte en la gesta independentista o en alguno de los conflictos armados que padeció el país entre 1810 y 1880, se ocuparon en algún momento de pasar revista a sus vidas: Saavedra, Paz, Iriarte, La Madrid, Pueyrredón, Garmendia cubrieron sus ocios en un esfuerzo que les permitió responder a críticas o cuestionamientos al tiempo que dibujaban precisiones protagónicas en el contexto de la biografía patria.

Otros memoriosos —que no frecuentaron los campos de batalla— se conformaron en cambio con recuperar los tiempos de la infancia o de la juventud rescatando detalles de

vida cotidiana, y legaron materiales que salpimentan la frialdad de los textos históricos tradicionales. Así José Antonio Wilde, Mariquita Sánchez, Vicente G. Quesada, Santiago Calzadilla, Juana Manuela Gorriti. El siglo que finaliza ha sido algo más parco en productos del género, aunque entre ejemplos varios es posible rescatar los trabajos de Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Manuel Gálvez o Carlos Ibarguren.

Cuando, a causa de algunas de sus declaraciones, se suponía que era improbable que volviese a encarar la redacción de un nuevo libro, a los ochenta y siete años, Ernesto Sabato retoma la vieja tradición memorialista para brindar una síntesis de su vida, de sus angustias y desgarraduras, de sus afectos y posicionamientos ante los sucesivos estímulos de la realidad; y a lo largo de doscientas catorce páginas, burila el perfil por el cual querría ser recordado.

*Antes del fin* (Seix Barral, Barcelona, 1999) no incurre en sorpresas ni confesiones inéditas. (Conmover resulta el recuerdo de los últimos tiempos de la enfermedad de su esposa Matilde.) En sus páginas, como en un álbum de fotografías, aparecen los datos biográficos conocidos por todo lector de Sabato, pero éste agrega una segunda parte donde reúne sus opiniones críticas sobre la Argentina neoliberal surgida en los últimos diez años e insiste en su personal visión ante el mundo globalizado del fin del milenio, con su

secuela de exclusión y marginamiento de amplios sectores de la sociedad. De ahí que el libro, más que un estricto volumen de memorias, constituya el reflejo de su posición de escritor comprometido según las premisas sartreanas, que asume el rol de fiscal social, la misma parcela que por más de treinta años ocupó el propio Sartre respecto de la sociedad francesa. Para los conocedores de su obra no hacía falta leer estas páginas para recordar que Sabato ha sostenido durante décadas una tenaz postura de choque ante las diversas y sucesivas manifestaciones del poder, un persistente disconformismo ante las injusticias que planteaba la realidad sociopolítica. Conflicto que ha sido —en el fondo— el resultado de su búsqueda de lo Absoluto, problemática ya perceptible en las páginas de *Uno y el Universo* (1945). Tema que no abandona, explícitamente, en *Antes del fin*. Absoluto escrito con enfáticas mayúsculas, que sin embargo no descuidan el reflejo de las dramáticas penurias sufridas por las cotidianas minúsculas.

Traducido a múltiples lenguas, elogiado por la crítica internacional como uno de los nombres mayores de la narrativa escrita en español, Sabato, sin embargo, no ha logrado la misma unanimidad en el mundo intelectual argentino, donde los cuestionamientos son frecuentes. (Parecería un rasgo característico de la cultura argentina denostar a sus escritores más notorios, con distin-

tos matices y argumentos y desde diferentes ángulos ideológicos: lo mismo ocurrió con Lugones, Borges, Cortázar y Marechal). A contrapelo de estas actitudes de algunos de sus colegas, Sabato ha crecido en la consideración pública, como una suerte de paradigma ético; ha pasado a ocupar un espacio ejemplarizador. Sus apariciones televisivas atraen a millones de telespectadores y sus actos públicos suelen ser presenciados por miles de jóvenes enfervorizados. En el imaginario colectivo, su nombre surge como contrapartida del poder, en una proyección que le ha permitido apropiarse de espacios que en otra época habrían pertenecido a los adalides de la clase política. Sabato se ha convertido en consejero, en defensor de causas perdidas, en voz acusadora y mentor social. Para muchos, la mayoría de los cuales no ha leído una sola línea de sus obras, resulta un referente ineludible; su actitud como redactor del informe de la CONADEP sobre desaparición de personas durante la dictadura militar (1976-1983), lo convirtió en alguien confiable en tiempos en que el hombre común argentino desconfía por principio. A Sabato se le cree.

Pero acaso esa misma oscilación entre distancia (la sacralización) y cercanía (el constante reclamo sobre sucesos cotidianos) ha impedido e impide observar sus obras con la ecuanimidad que reclama un texto literario. Se lo juzga por sus

gestos, no por su literatura. Era un riesgo que Sabato asumió conscientemente: el narrador y el ensayista podían ser opacados por la presencia del militante social. Los hechos fueron empujándolo a una difícil opción: escribir para un puñado o «ser» para muchos. Los acontecimientos éticos y políticos fueron deslizándose al escritor hacia el personaje. Sin embargo, cuando la fugacidad de las opiniones sobre el contexto pasen a un segundo plano, tapadas, abrumadas, por el cúmulo de nuevas informaciones, cuando lo periodístico no sea más que pasado para diversión de eruditos, sus libros podrán mostrarse desnudos, sin aditamentos, ante un lector futuro que leerá, descubrirá, al escritor, al hombre que sacudió a los jóvenes de los sesenta con las páginas de *Sobre héroes y tumbas*. Y, aunque las apariencias circunstanciales puedan brindar otra imagen, Sabato, es evidente, confía en ese lector del porvenir. Este libro es la prueba: más que un volumen de memorias (y pese al subtítulo) se trata de un testamento, una manera de llegar, desde la escritura, a quienes aún no se han internado en los oscuros vericuetos de su narrativa y en sus atormentados personajes.

Tres años después de la muerte de su hijo Jorge Federico en un accidente automovilístico y a días del fallecimiento de su esposa Matilde, a quien reconoce un sitio preponderante tanto en su vida como en el

desarrollo de su escritura, y cercano a los noventa años, Sabato contesta a las acusaciones de nihilismo: apuesta a la utopía, elige la fe.

El volumen, acaso excesivamente breve para poder pasar revista exhaustiva de una vida que hizo estaciones en el comunismo, la ciencia, el surrealismo, que atravesó la bohemia y lo llevó a intimar con varias personalidades de la época, posee todas las características de un legado. En última instancia, es un texto destinado a los jóvenes. A ellos los exhorta: «Sólo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido». Acaso esa frase dibuje el verdadero rostro de Sabato, el que oculta su declarado pesimismo.

En el final de *Sobre héroes y tumbas*, Martín, el joven protagonista de la historia, en vez de optar por el suicidio, como Alejandra, tras el sordido recorrido que le tocó vivir, elige los resplandores de la pampa, elige la vida. («El cielo era transparente y duro como un diamante negro. A la luz de las estrellas, la llanura se extendía hacia la inmensidad desconocida.») Nada ha cambiado: tras cualquier máscara, Sabato continúa plantándose en medio del desierto argentino, convencido de que en el futuro alguien (él precisaría: «un muchacho») recogerá su mensaje.

**Horacio Salas**